

Figes, O. (2022). *La historia de Rusia*. Taurus

Andrés Felipe Contreras-Buitrago¹ 

¹Licenciado en Ciencias Sociales, Universidad de Cundinamarca, Fusagasugá. Correo: afelipecontreras@ucundinamarca.edu.co

Recibido: 18 de noviembre de 2023 - **Aceptado:** 20 de febrero de 2024

ISSN 2027-5528



El 24 de febrero de 2022, Rusia inició una invasión contra Ucrania, un acontecimiento que tiene aún gran resonancia a nivel mundial porque suponía una movilización militar en Europa que no se veía desde la Segunda Guerra Mundial. El cubrimiento que hicieron las redes sociales y los medios de comunicación sobre este evento hizo que se suscitara un gran interés por el pasado y la historia del país agresor, puesto que, en muchos de sus discursos, el presidente de la Federación de Rusia, Vladímir Putin, hacía referencia a diferentes aspectos históricos de su nación: la Rus de Kiev, la época de los zares, la revolución bolchevique, la Unión Soviética y décadas más recientes. Por lo cual, la comprensión de la historia de Rusia era fundamental para entender el actual conflicto, y ahí es cuando entra el historiador Orlando Figes, que, a la luz de esos acontecimientos, escribió *Historia de Rusia*.

Si bien en años pasados ya había libros en habla hispana que hacían ese mismo ejercicio, véase a Paul Bushkovich (2013), Geoffrey Hosking (2014), Rainer María Matos Franco (2017), Mark Galeotti (2022), este trabajo va un paso más allá, pues no solo se reduce a sintetizar la historia de Rusia, sino que, por el contrario, Figes tiene como objetivo tratar las ideas, mitos e ideologías que han dado forma al país, por lo que el libro tiene una propuesta novedosa al no reducirse a describir solamente los acontecimientos del país más grande del mundo; no obstante, aborda varios elementos del pasado ruso con el fin de entender su presente. Para conseguir eso, el historiador británico hace uso de fuentes secundarias, recurriendo también a trabajos suyos anteriores como *La revolución rusa* (2010), *Crimea: la primera gran guerra* (2014), *Los que susurran* (2017) y *El baile de Natasha* (2021); con base en el anterior objetivo sostiene que Rusia es una nación que se mantiene unida por ideas de su pasado lejano, las cuales no son estáticas, más bien estas se reconfiguran y readaptan según las necesidades del presente o las demandas de las ideologías que estén circulando. Para expresar mejor lo anterior, hace mención al mito fundacional de Rusia que consta de la Rus de Kiev y el Gran Príncipe Vladímir.

Respecto al primero, se hace mención de que es un relato lleno de controversia; al ser este una “ficción embellecida”, cambia según las necesidades de la época. Cuando Rusia ganó una guerra contra Suecia a principios del siglo XVIII, la idea del alemán Gerhard Friedrich Müller que afirmaba que los habitantes de la Rus eran principalmente escandinavos generó rechazo; no obstante, cuando San Petersburgo quiso emular a Europa, la anterior idea tuvo más acogida, y ya luego en el siglo XX, frente a la contienda entre la URSS y la Alemania nazi, los soviéticos le otorgaron más importancia a los eslavos locales como fundadores de la Rus que a unos “vikings” relacionados con los germanos.

Para la explicación del segundo, el libro parte del presente; la inauguración en Rusia de una estatua del príncipe Vladimir, en 2016, da cuenta de los debates que hay entorno a ese mito fundacional con Ucrania. Para Moscú, ese monumento sirve para validar la idea de que los tres países que hicieron parte de la Rus (Rusia, Ucrania y Bielorrusia) son todos una misma nación, por lo que el Kremlin a manos de Putin tiene una supuesta justificación histórica para intervenir en los otros dos países; para Kiev, la estatua de Vladímir en el país vecino significa una apropiación de su historia debido a que estos ya tenían una desde 1853. Vladímir no es el único objeto de rencillas entre los dos países vecinos, más adelante es expuesto como el juramento de “Ucrania” al zar en el siglo XVII, otro acontecimiento que genera gran debate, pues se plantea que para los rusos es la prueba de unión de dos pueblos; para Ucrania, el tratado era una forma de tener un tipo de Estado independiente, se cuestionan ambas visiones al afirmar que ese “Estado” era uno cosaco y no uno ucraniano, y, por otra parte, ese resultado no era uno predeterminado, sino que fue uno de varios resultados posibles luego de la guerra contra Polonia.

El autor afirma en la introducción que es necesario entender dos patrones a largo plazo que ayudan a explicar la Rusia actual; el primero es su geografía: el territorio ruso es llano y sin fronteras naturales, por ende, es muy vulnerable a invasiones externas. Esta vulnerabilidad inició con la llegada de los mongoles al territorio ruso; durante el dominio de la Horda Dorada, las fronteras serían asediadas por suecos y caballeros teutónicos. Con la posterior muerte de Iván “el Terrible”, en 1588, serían los polacos quienes ante la “época de problemas” de Moscú se harían con el poder, y posteriormente serían expulsados en 1612. Este acontecimiento construyó el mito para Figes de que en la historia de Rusia hay periodos de inestabilidad que luego son solucionados por un nuevo líder fuerte; es aquí donde nace la concepción de un zar que es protector y salvador del pueblo; sin él al frente la nación se vuelve débil y cae ante potencias extranjeras. Siglos más tarde Putin justificaría su ascenso y permanencia en el poder bajo la anterior idea.

Siguiendo con las invasiones extranjeras en territorio ruso, en el siglo XIX, los ejércitos de Napoleón Bonaparte llegarían hasta Moscú, para luego ser derrotados, en parte, por el duro invierno; cosa que le pasó también a la Alemania nazi con su “Operación Barbarroja”, en 1941. Esta Gran Guerra Patriótica, festejada al día de hoy, olvida la responsabilidad que tuvo la URSS en el inicio de la Segunda Guerra Mundial con el Pacto Ribbentrop-Molotov, expuesto como la única forma de que supuestamente el país sobreviviera, lo cual le quitó la responsabilidad de todos los actos que cometió en su avanzada hasta Polonia. Estos dos actos, más las victorias de los moscovitas contra la Horda Dorada, construyeron el mito de una nación que ha salvado tres veces a Europa de poderosos conquistadores.

Continuando con este primer patrón, el historiador inglés argumenta que ante esta debilidad en el territorio ruso, el Estado le ha otorgado una gran prioridad a sus fronteras, y la mejor forma de defenderlas ha sido invadir otros territorios aledaños; política que inició antes de la dinastía Romanov, y que se profundizó aún más en el siglo XVII, más que todo por el interés por las pieles. Esta colonización no fue para nada pacífica; se sostiene que si bien Rusia ha tratado de mostrar estas conquistas como mejores en comparaciones con las ibéricas o las inglesas, el libro deja ver que este proceso implicó la resistencia de muchos pueblos. Aunque no se menciona en el texto, el crimen contra otras poblaciones locales como los chechenos o los circasianos muestra la violencia de un imperio que solo buscaba “proteger sus fronteras”.

La invasión de otros territorios por parte de los rusos también se debe al miedo de que ideas revolucionarias lleguen a su país. Este temor inició con Catalina, la Grande, la cual trajo cambios en el ámbito cultural, que se resumen con la llegada de la ilustración a Rusia. La forma de ejemplificar esto fue la correspondencia de la emperatriz con filósofos como Voltaire o Diderot, y, el intento de crear un código legal en 1767; lamentablemente sobre esto solo está la mención, y no se ahonda más como se debería. Esta luna de miel con ideas ilustradas verían su fin de acuerdo con Figes con la Revolución francesa; aunque en el libro se menciona que se rechazaron de manera tajante al principio, la verdad es que al comienzo, Catalina apoyó los primeros años de dicha revolución. Ya fue con la ejecución de Luis XVI que Rusia inició todo un proceso para evitar que los libros de filósofos franceses llegasen al país, un patrón que de cierta manera se repitió a lo largo del siglo XIX.

El miedo ante las ideas revolucionarias se volvió a repetir cuando los generales que participaron en las guerras napoleónicas se llenaron de ideas liberales luego de estar en Francia; al regresar a Rusia se dieron cuenta de que vivían en la “prehistoria”, por lo que llevaron a cabo la revolución decembrista contra el nuevo zar Nicolas I. El resultado fue el constante miedo a un nuevo alzamiento, es por ello que se da inicio a una tradición de larga data dentro del territorio ruso: la policial. El tercer departamento, creado en 1826, tenía la tarea de espiar a cualquier persona que tuviera indicios de ser un revolucionario; varios años más tarde, Rusia, ante el miedo de que revoluciones próximas influyeran en su espacio de interés, dio comienzo a intervenciones militares. En 1831, invadió Polonia y, con la primavera de los pueblos, en 1848, Moscú sofocó los levantamientos en Moldavia, Valaquia y Hungría; con esto *La historia de Rusia* propone que las invasiones rusas a otros territorios con el objetivo de sofocar revoluciones datan de tiempo atrás.

Las injerencias externas zaristas no acabaron allí, a razón de que en el imaginario ruso ellos debían proteger a los ortodoxos balcánicos de los otomanos, por eso nuevamente llevan tropas a Moldavia y Valaquia; estos pensaban que los eslavos de ambos países querían ser defendidos y se levantarían a favor del zar, pero esto no era más que un mito paneslavista, que tuvo como resultado la guerra de Crimea, donde las fuerzas rusas perdieron. Esta fue señalada como la primera humillación contra Moscú; la entrada posterior de Rusia en la Gran Guerra también se dio en parte por la idea de que el zar debía defender a los eslavos que habitaban los Balcanes, pese a que estos nunca querían ser defendidos.

El segundo patrón para el autor se basa en la naturaleza de su poder estatal, el cual con el pasar del tiempo se ha centrado todo en una sola persona, que encarna todo el poder del Estado; este patrón tendría sus raíces en la Horda Dorada, la cual dejó un gran legado en el reino ruso. Figs destaca el origen de la corrupción que aún padece el Kremlin, dado que aprendieron de los khanes a que los funcionarios del país podían alimentarse de bienes y dinero de la población; la posterior coronación de Iván “el Terrible” como nuevo Zar daría inicio al absolutismo en Moscú, el cual estaría legitimado bajo la idea de que Rusia, luego de la caída de Constantinopla, era la tercera Roma. La llegada de la dinastía Romanov en 1613 haría que el zar tuviera más poder en los campesinos dando inicio así a la servidumbre. Los diferentes gobernantes de Rusia se pueden clasificar, según el libro, en dos; aquellos que se quieren acercar más a las ideas europeas, y otros que miran más al interior, por ende, más conservadores y tradicionales.

El primer zar que intentó exportar ideas de Europa hacia su reino fue Pedro I, quien desde 1699 trató de occidentalizar al país; para alcanzar dicho objetivo modernizó al ejército, pero surgió un patrón de las fuerzas armadas rusas que continúa hasta el día de hoy: ante la falta de calidad de sus ejércitos, la forma en que se solventa esta carencia es con un mayor número de tropas al frente, este esquema se repitió en la guerra civil rusa y en la Segunda Guerra Mundial. Pese a lo anterior, Pedro es recordado por construir una nueva capital, según los preceptos europeos: San Petersburgo, que si bien es descrita como una hermosa ciudad, se obvia el hecho aquí de que su alzamiento se hizo a costa de cientos de siervos que murieron, lo cual da cuenta de que pese a todo el intento de Rusia de alcanzar a Europa, en su interior aún tenía elementos autocráticos.

Tras la muerte de Pedro sigue un periodo donde reinarán muchas mujeres: Catalina I, Ana, Isabel I y Catalina II; por temas de síntesis e importancia es claro que el centro de atención va a ser esta última, pero no mencionar los logros de las tres anteriores es algo difícil de entender, en la medida en que estas reforzaron y promovieron las reformas de Pedro, ellas podrían ayudar a mostrar cómo eran las mujeres gobernando un imperio como el ruso. Alejandro I, nieto de Catalina, es mostrado como un zar interesado en las ideas de la ilustración, al punto de apoyar, en parte, la Revolución francesa; posterior a este, sigue una época marcada por zares que se alejaron cada vez más de Europa. Con Nicolas I surgen los eslavófilos, personas que creían que Rusia debía defender los principios cristianos y valores tradicionales frente a las ideas revolucionarias que circulaban en el antiguo continente, mito que perdura aún hoy. Otros dos gobernantes que estuvieron comprometidos con la autocracia y el nacionalismo ruso fueron Alejandro III y Nicolas II, quienes llevaron la rusificación de distintas etnias y nacionalidades, que muchas veces llevó a la violencia contra los judíos, los llamados “pogomoros”; en este apartado se afirma que mucho del antisemitismo criminal fue en parte alentado por los zares, pero esta afirmación es muy controversial porque nunca fue una política de Estado

atentar contra ello, más bien Alejandro pidió a los gobernadores locales protegerlos para que esa misma violencia no creciera más y pudiera afectar su imperio.

El fin de la monarquía, luego de la abdicación de Nicolas II, no dio fin a la idea del “zar”; como es expuesto, la gente quería un nuevo “monarca” mejor en el gobierno. Este vacío sería llenado por los bolcheviques triunfantes de la guerra civil. Sobre este conflicto se resume que el triunfo rojo se debió a los mejores recursos que tenían y al apoyo popular de la gente, aunque no se menciona el apoyo occidental que le dieron al ejército blanco, en forma de armas y también de arribo de algunas tropas estadounidenses, británicas y japonesas al suelo ruso; esto es importante, ya que implicó un mayor rechazo ruso hacia lo extranjero, viéndolos como enemigos de la revolución.

El culto hacia la autoridad estatal no desapareció con los comunistas en el poder, por el contrario, continuó; el embalsamiento del cuerpo de Vladimir Lenin sirvió para esos fines. La concentración de poder en una sola persona sería más reforzada por Stalin, quien inició sus planes quinquenales, que llevaron a toda una colectivización de la tierra, misma que se menciona generó resistencia campesina y también hambrunas, como la ocurrida en Ucrania; luego de esos años duros, y con el crecimiento de la economía, nace el mito de la necesidad del sacrificio para construir un paraíso en el mundo terrenal. Luego de esto, es mostrado el terror estalinista contra miembros del partido y la sociedad civil, en el que se deja entrever una lectura donde la responsabilidad recae mayoritariamente en Stalin, quitándole la culpa a otros líderes comunistas.

Con el posterior triunfo rojo en la Segunda Guerra Mundial, Stalin sería adorado casi como un dios, pero esta admiración al líder soviético vería su fin con Nikita Krushev. El periodo que comprende entre este gobernante ucraniano y la disolución de la URSS ocupa pocas páginas si se le compara con otras etapas históricas; más allá de mencionar hechos obvios de esa época, como la crítica al estalinismo o el estancamiento soviético, se dejan de lado los aspectos positivos de la URSS como su industrialización o la mejora en la calidad de vida de sus ciudadanos. Otra falta importante es no hacer mención a las invasiones de Hungría, en 1956, y de Checoslovaquia, en 1968; una lástima, debido a que desde el siglo XIX se había preparado una lectura que mostraba cómo Rusia interviene países que intentan salir de su esfera de influencia. Ya luego se menciona el proceso de desintegración de la URSS; la “glásnost” de Gorbachov fue la que contribuyó a derribar y cuestionar varios mitos del régimen que van desde la revolución bolchevique, pasando por su participación en la Gran Guerra Patriótica y terminando con los supuestos logros económicos soviéticos.

El último capítulo del libro, y tal vez el más revelador, nos muestra de manera clara cómo era necesario comprender toda la historia de Rusia desde sus orígenes para entender lo que está pasando actualmente; este inicia con la afirmación de que pese a los desafíos que hay, la autocracia siempre vuelve, pasó en 1917 y nuevamente ocurrió en 1991 con el arribo al poder de Boris Yeltsin. El nuevo presidente de Rusia no generó grandes cambios, más bien se indica que muchos líderes soviéticos continuaron con el poder, solo que tenían ahora una nueva forma; las privatizaciones llevadas a cabo durante los noventa engendraron oligarcas, que para el segundo mandato de Yeltsin tenían un gran control del Estado; si bien es innegable la dura vida para los rusos, luego de la caída de la URSS, durante esos años también hubo cambios positivos como fue una mayor libertad de prensa y opinión, que era ya todo un precedente en el país. Estos temas merecen un análisis más detallado, en vez de describir aspectos ya conocidos como la hiperinflación, por ejemplo.

Justamente esta crisis económica que estaba ocurriendo en el país abrió el camino para Vladímir Putin, alguien muy leal, pero que aprendió, en la Alemania Oriental en 1989, el peligro de las revoluciones descontroladas. Figes deja de lado la guerra contra Chechenia, la cual también fue una variable importante para el ascenso de Putin, quien, según estas últimas páginas, acrecentó sus poderes, gracias a un uso selectivo de la historia rusa de acuerdo con sus intereses, un control absoluto en los medios de comunicación, los oligarcas, el parlamento y la educación. Según el historiador, durante los primeros años de Putin, a Rusia se le trató como la gran derrotada de la Guerra Fría, se le intentó aislar de occidente; sin embargo, a Rusia tampoco se le aisló completamente, se ambicionó integrar de manera paulatina al mundo occidental, si bien hubo ciertos errores de la OTAN y de Estados Unidos frente a Rusia, como su intervención en Serbia, Libia y Medio Oriente, no hay que caer en premisas que en últimas favorecen más al discurso del Kremlin de un

occidente “humillador”. Igualmente, Rusia nunca dejó de lado su influencia en países que eran de su órbita, por ello atacó a Georgia en el 2008, anexó Crimea en el 2014 e inició un conflicto en el Dombás, todo bajo el pretexto de proteger a la población rusa que estaba lejos de su frontera.

El libro finaliza con la respuesta a cómo puede terminar el conflicto actual. Se esgrimen dos posibilidades: una victoria ucraniana que igual no supondrá el fin de Putin, ni mucho menos de la autocracia en Rusia, y la segunda opción, y supuesta más probable, es una guerra en un punto muerto. Las últimas palabras están dedicadas a que la invasión lo único que hará es terminar con lo mejor del país, aunque son casi nulos los logros rusos mencionados a lo largo de las páginas. Ya en el último párrafo se afirma que hubo momentos en que Rusia pudo escoger un camino más democrático, pero no fue así. Esto deja un sabor un tanto negativo, puesto que parece que toda la historia de Rusia está predeterminada hacia la autocracia, muchos aspectos democráticos a veces son mencionados sin ahondar mucho en ellos, otros de plano ni se nombran como por ejemplo el sistema legal que erigieron los hijos del príncipe Vladímir, la llamada “Russkaya Pravda”, la cual estableció multas. Las protestas contra Putin en el 2012-2013, y las actuales, también podrían ayudar a mostrar que aún hay personas que buscan de alguna manera una mejor democracia.

Pese a todo lo anterior, el libro sienta un precedente, al abordar la historia de Rusia no solo a través de sus principales acontecimientos políticos, sino que muestra que es posible abordarla desde otras miradas o enfoques. El trabajo de Figes nos muestra cómo aún resulta fundamental conocer nuestro pasado para entender los problemas del presente. Este texto, junto con otros publicados, como por ejemplo el de Antony Beevor, *Rusia: Revolución y guerra civil, 1917-1921* (2022), muestran que durante los próximos años habrá un gran interés por estudiar el pasado del territorio ruso.

Referencias bibliográficas

Figes, O. (2022). *La historia de Rusia*. Taurus.